

Don Carlos E. Nazarit

Apareció en mi oficina, hace algún tiempo, con sus bigotes y su aire bondadoso. De baja estatura, moreno, rechoncho, tozado con sombrero de paja (era verano), don Carlos E. Nazarit venía a ponerse a mis órdenes y a que yo me pusiera a las de él. Estaba encargado, por la Sociedad de Amigos del Arbol, de dirigir la confección de "La Hoja Arbórea", órgano de esa institución, que debía imprimirse en las Prensas de la Universidad de Chile.

Durante un tiempo fué un visitante asiduo de mi oficina. Llegaba, cansado pero infatigable, echándose aire con el ala de su sombrero. Me traía originales, se llevaba pruebas, las devolvía, se llevaba los paquetes de impresos, me volvía a traer originales. Conversé con él y pronto me di cuenta de que se trataba de un hombre desligado ya de toda ambición personal y para quien la vida no traería ya ningún gran acontecimiento, como no fuera el de la muerte. La conciencia de su condición, sin embargo, no parecía amilanarlo; al contrario. Tenía su pasión, pero no una pasión egoísta sino que una generosa. Tal como otros tienen la pasión del dinero, aun sabiendo -- como Nazarit sabía -- que han de morir, o la pasión de la ociosidad sin destino, Nazarit tenía la del árbol. Nunca hablamos de otra cosa que de árboles. Cualquier ofensa o herida hecha a un árbol o a un grupo de árboles, era una ofensa o una herida que se le hacía a él mismo. Si sabía que alguien mandaba podar un grupo de árboles que no debían podarse, don Carlos E. Nazarit sentía el disgusto que puede sentir una persona a la cual, sin su propio consentimiento, se le mandara cortar un brazo, una pierna, el cabello o los bigotes. ¡Respetad al árbol!

Me prestó algunas publicaciones sobre árboles chilenos y me dió, en momentos de charla, mientras esperaba las pruebas o los paquetes de impresos, muchas noticias acerca de ellos: sobre la lentitud del crecimien-



to del alerce y su extraordinaria longevidad; sobre la Silla del Presidente, tronco de alerce que admite sobre sí doce hombres a caballo; sobre la cuatro o cinco veces centenaria palmera de La Serena; sobre la belleza y elegancia del pehuén, el árbol chileno por excelencia, escogido por la Sociedad de Amigos del Arbol como emblema de su sello. De sus conversaciones resultó un nuevo socio de la S. de A. del A. y aproveché sus referencias arborícolas para escribir algunos artículos que seguramente dieron la impresión de que era yo muy entendido en árboles chilenos, cuando la verdad era que no sabía gran cosa y que lo poco que sabía lo debía a mis conversaciones con ese enamorado de los árboles.

Dejé de verlo algún tiempo, pero reapareció de nuevo, más fatigado ya pero no menos entusiasta. Apenas llegaba a mi oficina se sentaba.

--¿Qué le pasa, don Carlos?

--El corazón.

Y el corazón se lo ha llevado.

Al lado de su tumba deberíamos sus amigos plantar un pehuén.

Manuel Rojas